

Misiones: Una oportunidad para revisar nuestra fe

Cita: Romanos 1: 1-17

Introducción: La Epístola a los Romanos es una de las más profundas del Nuevo Testamento (si no la más profunda). Es muy cierto que es un libro totalmente teológico, soteriológico y por supuesto, misionológico. Tiene tanta profundidad como claridad para explicar en medio de sus diálogos las más básicas y profundas doctrinas de la fe cristiana. Fue escrita para los gentiles (1:13) convertidos de Roma, muchos de ellos de seguro conocedores de la fe en el momento del Pentecostés en Jerusalén y muchos otros que tuvieron que salir huyendo de tierras judías por la persecución y que ahora se encontraban viviendo en Roma (una ciudad cosmopolita que tiene todos los elementos para desviar de la fe a cualquiera).

Tenemos en Roma el centro del imperio, pero también el centro de muchas religiones falsas y de las escuelas prominentes de los filósofos que atentan contra cualquier clase de creencia que no se precie de ser académica y humanista. Haciendo una comparación analítica, sería para nuestros días la ciudad adelantada, globalizada, posmoderna, poderosa, etc.

Ahora bien, sabemos que el libro de Romanos es un compendio doctrinal y que Pablo intentó darles a estos hermanos, en medio del contexto donde vivían, herramientas para mantener su fe y poder desmentir las falsas apreciaciones de Dios que tenían sus moradores. ¿Cómo inicia Pablo su defensa de la fe?:

1. Con una Cristología narrada desde la perspectiva histórica hasta el momento presente (Vr.1-4).
2. Con una misionología basada en el concepto de Dios de darnos dos elementos inseparables: *gracia y apostolado*. La gracia salvífica de Dios que siempre está acompañada del llamamiento a su extensión por todas las naciones.

“*Apostello*” en griego significa: “enviado”. En todas las cartas de Pablo vamos a ver la unión entre estos dos conceptos.

La gracia nos fue dada para compartirla con otros. Es la misión de Dios la que recobra y mantiene el significado de nuestra fe. Lutero dijo: “Es la acción de la fe la que define la teología”. Estamos viviendo épocas como la de Roma en el tiempo de Pablo, estamos viendo cómo nuestra fe se diluye en medio de “filosofías y huecas sutilezas” por la falta de la expresión misionera de la fe. Cuando la fe se constituye en un dogma estático pierde su dinámica y está pronto a cambiar de rumbo y perder su esencia.

La iglesia moderna está metida en cientos de programas y estrategias que le ayuden a recuperar su fe, y esto porque no quieren “obedecer” en llevar esa fe a todas las naciones. Podemos citar muchos ejemplos de cómo la iglesia se está viendo mezclada con el humanismo (doctrinas de súper-fe), con el antropocentrismo (doctrinas de “éxito” humano), con el secularismo (doctrinas humanas en contra de los principios de Dios. Homosexualidad, etc.). Esta misionología se define al sacar el evangelio del centro estático de Jerusalén. En el versículo 6 Pablo dice que la gracia soberana de Dios es para que Roma sea de Jesucristo.

Cristológicamente definimos que Dios es Rey soberano y que toda la tierra le pertenece, pero este concepto solo es aplicado cuando vemos el mundo como Pablo, un mundo que es llamado a ser de Jesucristo por nuestra predicación. Por esta causa él se define como deudor a griegos, a sabios, etc. Se siente bajo la obligación ineludible de llevar el evangelio a todas las clases de la humanidad, adaptado como era a todos y ordenado para todos (1Co. 9:16). David Bosch apunta: “*Pablo, es deudor a Cristo, lo cual se traduce en una deuda a quienes Cristo quiere traer a la salvación.*”

La obligación ante quien murió produce obligación ante aquellos por quienes murió. La fe en Cristo crea un endeudamiento mutuo y reconoce que el creyente tiene una deuda tan grande con los no creyentes como su deuda con Cristo”. En 1Co. 9: 16-23 nos muestra de nuevo este nivel de responsabilidad y obediencia en lo que él considera su deuda personal al haber recibido una salvación tan

grande. Aquí podemos ver claramente la relación entre *gracia* y *apostolado* que hemos mencionado anteriormente.

3. Con una soteriología que aplica correctamente el fin de toda verdad doctrinal en la Escritura. Versículo 16-17 El poder de Dios es manifestado en la tierra con una carácter salvífico y no como lo vemos hoy día. No es una manifestación de poder que nos lleve a nosotros al centro del proceso, o a la cumbre del “éxito”. Es un poder que tiene que ver con salvación, no solo del entorno (primero al judío y también al griego) sino de todas las naciones. En estos versículos el apóstol anuncia el gran tema del argumento que sigue: LA SALVACIÓN, la imprescindible necesidad de la humanidad perdida revelada en el mensaje evangélico; mensaje que es *reconocido y honrado* de tal manera *por Dios* que lleve en sí, al ser proclamado, *el mismo poder de Dios para salvar a toda alma que lo recibe*, así griego como bárbaro, así sabio como ignorante.

Conclusión: En la honestidad que siempre debe acompañar nuestro acercamiento a la Escritura, debemos decir que la iglesia de nuestros días en gran parte del mundo, no solo en Iberoamérica, está afrontando una grave crisis en su fe esencial que la está llevando a desembocar su búsqueda de identidad como pueblo de Dios, en múltiples doctrinas alejadas de los principios y de la Palabra infalible de Dios.

La pérdida de este carácter misionero en la iglesia moderna no solo está creando una ausencia de vocación sino que está debilitando y desviando nuestros valores fundamentales en la fe cristiana. No estamos frente a una creciente pérdida de vocación solamente, sino frente a una acelerada y peligrosa pérdida de la identidad de fe como pueblo de Dios. Que Dios nos ayude a recuperar con urgencia la proclamación de la fe en medio de todas las naciones como reconocimiento de la *gracia* inmerecida que hemos obtenido en Cristo Jesús.

Jesús Londoño Toro

Misiólogo